

provecho, y es que el verdadero humilde no desprecia á nadie, ni le tiene en poco, por mucho que le vea caer en culpas y pecados, ni por eso se ensoberbece él, ni se tiene en mas que el otro; antes de allí toma ocasion de humillarse mas viendo al otro caer, porque considero que él y el caido son de una masa, y que cayendo el otro cae él, cuanto es de su parte; porque, como dice san Agustin, Soliloq. c. 17, no hay pecado que uno haga que otro no le haria si no le tuviese piadosamente la mano de Dios. Y así uno de aquellos Padres antiguos, cuando oia que alguno habia caido, lloraba amargamente y decia: *Ille hodie, et ego cras*: Hoy por tí, y mañana por mí. Así como aquel cayó, pudiera yo caer, pues soy hombre flaco como él: *Homo sum, et humanum à me nihil alienum puto*. Y el no haber caido lo tengo de tener por particular beneficio del Señor. Así como nos aconsejan los Santos que cuando viéremos á uno ciego, á otro sordo, á otro cojo, manco ó enfermo, todos aquellos males tengamos por beneficios nuestros, y demos gracias á Dios que no me hizo á mí ciego, ni sordo, ni manco, ni mudo, como á aquel; así habemos de hacer cuenta que los pecados de todos los hombres son beneficios nuestros, porque en todos ellos pudiera yo haber caido si el Señor no me hubiera por su infinita misericordia librado. Con esto se conservan los siervos de Dios en humildad y en

no menospreciar á sus prójimos, ni indignarse contra nadie, por muchas faltas y pecados que vean, conforme á aquello de san Gregorio, hom. 34 sup. Evang.: *Vera justitia compassionem habet, falsa justitia dedignationem*: La verdadera justicia hace que tengamos compasion de nuestro hermano, la falsa desdeñan é indignacion. Y estos tales deben temer aquello que dice san Pablo: *Considerans te ipsum, ne et tu tenteris*, ad Galat. vi, v. 1: No permita el Señor que sean tentados en aquello mismo que condenan, y vengan á probar á su costa cuánta es la humana flaqueza, que suele ser castigo de esta culpa. En tres cosas, dijo uno de aquellos Padres antiguos (1), juzgué á mis hermanos, y en todas tres he caido: *Ut sciant gentes, quoniam homines sunt*. Psalm. ix, v. 21. Para que conozcamos por experiencia que nosotros tambien somos hombres, y aprendamos á no juzgar ni menospreciar á nadie.

## CAPÍTULO XXXVIII.

*De los favores y mercedes grandes que hace Dios á los humildes, y qué es la causa porque los levanta tanto.*

*Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa*. Sap. vii, v. 11: Estas palabras las dice Salomon de la sabiduría divina, que con ella le

(1) Refert Cassian. lib. 5 de Instit. ren. c. 30 de Abb. Macar.

vinieron todos los bienes; pero podemoslas aplicar muy bien á la humildad, y decir que todos los bienes vienen con ella: pues el mismo Sábio dice que donde hay humildad ahí está la sabiduría: *Ubi est humilitas, ibi et sapientia*, Prov. xi, v. 2; en otra parte dice, que tener esta humildad es suma sabiduría. *Sapient. viii, v. 22*. Y el profeta David, Psalm. xviii, v. 8, que á los humildes da Dios la sabiduría: *Sapientiam prestans parvulis*. Pero fuera de esto en propios términos nos enseña esta verdad la Escritura divina, así en el Viejo como en el Nuevo Testamento, prometiendo grandes bienes y gracias de Dios, unas veces á los humildes, otras á los pequeños, otras á los pobres de espíritu, llamando por estos y por otros tales nombres á los verdaderos humildes: *Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperulum, et contritum spiritu, et trementem sermones meos*, dice Dios por Isaias, c. lxxvi, v. 2. ¿Á quién miraré yo, y en quién pondré los ojos, sino en el humilde y en el pobrecito, y en el que está temblando y confundiéndose delante de mí? En estos pone Dios los ojos para hacerles mercedes y llenarlos de bienes. Y los gloriosos apóstoles san Pedro y Santiago en sus Canónicas dicen: *Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam*. I Petr. v, v. 5; Jacob. iv, v. 6. Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Lo mismo nos enseña la sacratísima Reina de los Ángeles en su cántico: *Deposuit*

*potentes de sede, et exaltavit humiles. Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes*. Luc. i, v. 56. El Señor abate á los soberbios, y ensalza á los humildes: harta de bienes á los hambrientos, y deja vacíos á los que les parece que están ricos, que es lo que habia dicho antes el profeta David, Psalm. xvii, v. 28: *Quoniam tu populum humilem salvum facies, et oculos superbiorum humiliabis*; y lo que nos dice Cristo en el sagrado Evangelio: *Quia omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur*. Luc. xiv, v. 11. El que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado. Así como las aguas se van corriendo á los valles: *Qui emittis fontes in convallibus*, Psalm. ciii; así las lluvias de las gracias de Dios se van á los humildes. Y así como los valles, por las muchas aguas que recogen en sí, suelen ser fértiles y dar abundantes frutos: *Et valles abundabunt frumento*, Psalm. lxxiv, v. 14; así los bajos en sus ojos, que son los humildes, aprovechan y dan mucho fruto por los muchos dones y gracias que reciben de Dios. Dice san Agustin, serm. 2 de Ascens., que la humildad atrae á sí al altísimo Dios: *Altus est Deus: humilias te, et descendit ad te; erigis te, et fugit à te*: Alto es Dios, y si os humillais, descendiendo á vos; y si os levantaiis y ensoberbeis, huye de vos: *Quare? Quoniam excelsus est, et humiliat respicit, et alta à longe cognoscit*. ¿Sabeis por qué? dice san Agustin. Porque, como dice el real profeta David,

Psalm. CXXXVII, v. 6, es Dios grande y soberano Señor, mira á los humildes, y el mirarlos es llenarlos de bienes. Á los soberbios dice que los vé de léjos; porque así como acá, cuando vemos á uno de léjos, no le conocemos, así no conoce Dios á los soberbios para hacerles mercedes: *Amen dico vobis, nescio vos.* Matth. XXV, v. 12. De verdad os digo que no os conozco, dice Dios á los malos y soberbios. San Buenaventura (1) dice, que así como la cera blanda está muy dispuesta para recibir el sello que quieren imprimir en ella; así la humildad dispone el alma para recibir las virtudes y dones de Dios. En aquel convite que José hizo á sus hermanos, al mas pequeño cupo la mejor parte. *Genes.* XLIII, v. 34.

Pero veamos qué cosa es la causa porque levanta Dios tanto á los humildes y les hace tantas mercedes. La causa de esto es, porque se le queda todo en casa, Can. 10, t. 4, c. 15; porque el humilde no se alza con nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo se lo atribuye y vuelve enteramente á Dios, y á él da la gloria y honra de todo: *Quoniam magna potentia Dei solius, et ab humilibus honoratur.* Eccli. III, v. 21. Pues en estos tales, dice Dios, bien podemos hacer, bien les podemos fiar nuestra hacienda, y darles nuestros dones y riquezas, que no se nos levantarán ni alzarán con

(1) Bonav. in Specul. disciplinæ ad novitios, cap. 3.

ellas. Y así hace Dios en ellos como en cosa propia; porque toda la gloria y honra se queda por suya. Aun acá vemos que un gran señor y un rey se precia y tiene por grandeza levantar á uno del polvo de la tierra, como dicen, y hacer en el que no era ni tenia nada, porque en eso se echa mas de ver la liberalidad y grandeza del rey; y dicen despues que aquel es hechurasuya. Así dice el apóstol san Pablo, II ad Cor. IV, v. 7: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus, ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex nobis:* Tenemos los tesoros de las gracias y dones de Dios en vasos de barro, para que se entienda que esos tesoros son de Dios y no de nosotros, que el barro no lleva eso. Pues por eso levanta Dios á los humildes, y les hace tantas mercedes, y por eso deja vacíos á los soberbios; porque el soberbio confía mucho de sí, de sus diligencias é industrias, y atribúyese mucho á sí, y toma vano contentamiento en los buenos sucesos de los negocios, como si por sus fuerzas y diligencias se hubieran hecho; y todo eso quita á Dios, alzándose con la honra y gloria que es propia de su Majestad. En entrando un poco en oracion, con tantica devocion, con una lagrimita que tengamos, nos parece que ya somos espirituales y hombres de oracion, y aun algunas veces nos preferimos á los otros, y nos parece que los otros no están tan aprovechados, ó que

no son tan espirituales, ni van tan adelante como eso. Por esto no nos hace el Señor mayores mercedes, y algunas veces nos quita lo que nos habia dado, porque no se nos convierta el bien en mal, la salud en enfermedad, la triaca en ponzoña, y sean para mayor condenacion nuestra los dones y beneficios recibidos, por usar nosotros mal de ellos. Como al enfermo y de flaco estómago, aunque sea la vianda buena, como de una gallina, le dan poco, porque no tiene virtud para digerir mas, y si le diesen mas, se le corromperia y convertiria en mal humor. Aquel óleo del profeta Eliseo nunca dejó de correr hasta que faltaron vasos en que le recibir, y en faltando, dice la sagrada Escritura: *Stetitque oleum.* IV Reg. IV, v. 6. Luego paró el óleo. Pues tal es el óleo de la divina misericordia, que por sí no se limita de parte de Dios: no tienen límite sus gracias y misericordias. *Non est abbreviata manus Domini:* No ha estrechado ni encogido Dios su mano, ni ha mudado de condicion; porque Dios no se muda ni se puede mudar, sino siempre permanece en un ser; y mas gana tiene él de dar, que nosotros de recibir. La falta está de parte nuestra, que no tenemos vasos vacíos para recibir el óleo de las misericordias y gracias de Dios: estamos muy llenos de nosotros mismos, y confiamos mucho de nuestros medios. La humildad y el propio conocimiento desembaraza

y desarrima al hombre de sí mismo, haciéndole desconfiar de sí y de todos los medios humanos, y que no se atribuya á sí nada, sino todo á Dios; y así á estos tales á manos llenas les hace él mercedes: *Humiliare Deo, et expecta manus ejus.* Eccli. XIII, v. 9.

#### CAPÍTULO XXXIX.

*Cuánto nos importa acogernos á la humildad para suplir con ella lo que nos falta de virtud y perfeccion y para que no nos humille y castigue Dios.*

El bienaventurado san Bernardo dice: *Stultus est qui confidit, nisi in sola humilitate, quia apud Deum, fratres, jus habere non possumus; quoniam in multis offendimus omnes.* Bern. serm. de divers. serm. 26. Muy necio es el que confía sino en sola la humildad; porque, hermanos míos, todos habemos pecado y ofendido á Dios en muchas cosas, y así no tenemos derecho sino á ser castigados. Si quisiere el hombre entrar en juicio con Dios, dice Job, IX, v. 3: *Non poterit ei respondere unum pro mille:* No podrá responder ni uno por mil; á mil cargos no podrá dar un buen descargo. *Quid ergo restat, nisi ad humilitatis remedia tota mente confugere, et quidquid in aliis minus habemus, de ea supplere?* Pues ¿qué resta, y qué otro remedio nos queda, di-

ce, sino acogernos á la humildad, y suplir con ella lo que nos falta en todo lo demás? Y por ser este remedio de mucha importancia le repite el Santo muchas veces por estas y otras semejantes palabras (1): *Quidquid vero minus est fervoris, humilitas suppleat puræ confusio- nis*: Lo que os falta de buena conciencia, suplido de vergüenza; y lo que os falta de fervor y de perfeccion, suplido de confusion. Y san Doroteo dice que el abad Juan encomendaba tambien mucho esto, y decia: *Humiliemus nos paulisper, ut salutem animæ nostræ consequamur, et si propter imbecillitatem laborare non possumus, humiliare saltem nos ipsos studeamus*. Dorot. ser. de humil. Hermanos mios, ya que por nuestra flaqueza no podemos trabajar tanto, humillémonos si quiera, y con esto confío que nos halláremos entre aquellos que trabajaron. Cuando despues de muchos pecados os halláreis inhabilitado con falta de salud para hacer mucha penitencia, caminad por el camino llano de la santa humildad; porque no hallaréis otro mas conveniente medio para vuestra salud. Si os parece que no podeis entrar en la oracion, entrad en vuestra confusion; y si os parece que no teneis talento para cosas grandes, tened humildad, y con esto supliréis la falta de todas esas cosas.

Pues consideremos aquí cuán poco se nos pide, y con cuán poco

(1) Bernard. serm. de Nativ. Joan. Bapt. et de interior. domo, cap. 37.

se contenta el Señor; pídenos, conforme á nuestra bajeza, que nos conozcamos y humillemos. Si nos pidiera Dios grandes ayunos, grandes penitencias, grandes contemplaciones, pudiéranse algunos excusar, diciendo que para lo uno no tenian fuerzas, y para lo otro no tenian talento ni habilidad: *Sed num humiliare nos ipsos non possumus?* Empero para no ser humildes no hay razon ni excusa ninguna. No podeis decir que no teneis salud ni fuerzas para ser humilde, ó que no teneis talento ó habilidad para ello. *Nihil facilius est volenti, quam humiliare semetipsum*, serm. 2, cap. jejun., dice san Bernardo. Al que quiere, no hay cosa mas fácil que humillarse; eso todos lo podemos, y dentro de nosotros tenemos harta materia para ello: *Humiliatio tua in medio tui*. Mich. VI, v. 14. Pues acojámonos á la humildad, y suplamos con confusion lo que nos falta de perfeccion, y de esa manera moverémos las entrañas de Dios á misericordia y perdon. Ya que sois pobre, sed humilde, y con eso contentaréis á Dios; pero ser pobre y soberbio oféndele mucho. De tres cosas que pone el Sábio que aborrece mucho Dios, esa es la primera: *Pauperem superbum*. Eccli. xxv, v. 4. Pobre y soberbio: eso aun acá á los hombres ofende.

Mas, humillémonos, porque no nos humille Dios, que es cosa que él suele hacer muy ordinariamente: *Qui se exaltat, humiliabitur*. Luc. XVIII, v. 14. Pues si quereis que Dios

no os humille, humillaos vos. Este es un punto muy principal, y digno de ser considerado y ponderado muy de espacio. El bienaventurado san Gregorio (1) dice: *Plerumque omnipotens Dominus rectorum mentes, quamvis majori ex parte perficit, imperfectas tamen in aliquibus esse permittit; ut licet mitis virtutibus rutilent, imperfectionis suæ tædio tabescant, et de magnis se non extollant, dum adhuc contra minima innitentes, laborentur*. Denique cum extrema vincere non valeant, de præcipuis actibus superbire non audeant. ¿Sabeis cuánto ama Dios la humildad, y cuánto aborrece la soberbia y presuncion? Aborrécela tanto, que permite, lo primero, que caigamos en pecados veniales, y en muchas faltas pequeñas, para con esto enseñarnos que pues no podemos guardarnos de los pecados y tentaciones pequeñas, sino que nos vemos tropezar y caer cada dia en cosas bajas y fáciles de vencer, estemos ciertos que no tenemos fuerzas para evitar las mayores; y así no nos ensoberbecamos en las cosas grandes, ni nos atribuyamos á nosotros cosa alguna, sino que andemos siempre con temor y humildad, pidiendo al Señor su gracia y favor. Lo mismo dice san Bernardo (2), y es doctrina comun de los Santos. San Agustin, tract. 1 sup. Joan., sobre

(1) Gregor. in Past. 4 part. in fin.; et lib. 34 Moral. cap. 15; et lib. 3 Dialog. c. 14.

(2) Bernardus, serm. de quatuor mod. orand.; et serm. in Cæna Domini.

aquellas palabras de san Juan, c. I, v. 3: *Et sine ipso factum est nihil*; y san Jerónimo sobre aquello del profeta Joel, II, v. 25: *Et reddam vobis annos, quos comedit locusta, bruchus, et rubigo, et eruca*, dicen, que para humillar al hombre, y domar su soberbia, crió Dios estos animalejos y gusanillos pequeños y viles, que nos son tan molestos. Y aquel pueblo soberbio de Faraon bien pudiera Dios domarle y humillarle, enviándole osos, leones y serpientes; pero quiso domar su soberbia con cosas vilísimas, con moscas, mosquitos y ranas, para humillarlos mas. Pues así, para que andemos humillados y confundidos, permite Dios que caigamos en faltas livianas, y que nos hagan algunas veces guerra unas tentacioncillas, unos mosquitos, unas cosillas que parece que no tienen en sí tomo ninguno. Si nos paramos á considerar atentamente lo que nos suele inquietar y desasosegar algunas veces, hallarémos que son unas cosas que bien apuradas no tienen tomo ni sustancia ninguna; ni sé qué palabra brilla que me dijeron, ó porque me la dijeron con tal modo, ó porque me parece que no hicieron tanto caso de mí. De una mosca que voló por el aire suele uno fabricar una torre de viento, y juntando unas con otras venir á andar muy inquieto y desasosegado: ¿qué fuera si soltara Dios un tigre ó un leon? Cuando un mosquito así os turba é inquieta, ¿qué fuera si vi-

niera una grandísima tentacion? Y asi habemos de sacar de estas cosas mas humildad y confusion. Y si eso sacais, dice san Bernardo, serm. in Cœna Domini: *Pia dispensatione, nobiscum agitur, ut non penitus auferantur*: Es misericordia de Dios, y gran beneficio y merced suya, que no falten de estas cosas, y que os baste eso para andar humilde.

Pero si estás cosas pequeñas no bastan, entended que pasará Dios adelante, y muy á costa vuestra, que lo suele él hacer. Aborrece él tanto la soberbia y presuncion, y ama tanto la humildad, que dicen los Santos que suele permitir, por justo y secretísimo juicio suyo, que caiga uno en pecados mortales á trueque de que se humille; y aun no en cualesquiera, sino en pecados carnales, que son mas afrentosos y feos, para que mas se humille. «Castiga Dios, dicen, la secreta soberbia con manifiesta lujuria.» Y traen (1) para esto aquello que dice san Pablo de aquellos soberbios filósofos, que por su soberbia los entregó Dios á los deseos de su corazón: *In immunditiam, ut contumeliis afficiant corpora sua, in semetipsis, in passiones ignominie*: Vinieron á caer en pecados deshonestos, feísimos y nefandos, permitiéndolo así Dios por su soberbia, para que quedasen confundidos y humillados, viéndose hechos bestias como Na-

(1) Gregor. lib. 25 Moral. cap. 13; Isid. de summo bono, lib. 2, cap. 39; Rom. 1, 24; Jerem. x, 7.

bucodonosor, con corazón, y conversacion y trato de bestias: *Quis non timebit te, ó Rex gentium?* Jerem. x, v. 7. ¿Quién no te temerá, ó Rey de las gentes? ¿Quién no temblará de este castigo tan grande, que ninguno hay mayor fuera del infierno? y aun peor es el pecado que el infierno. *Quis novit potestatem iræ tuæ, et præ timore tuo iram tuam dinumerare?* ¿Quién conoció, Señor, el poder de tu ira, ó la podrá contar con el gran temor de ella?

Notan los Santos que Dios usa con nosotros de dos maneras de misericordia, grande y pequeña: misericordia pequeña es cuando socorre en las miserias pequeñas, como son las temporales, que tocan solamente al cuerpo; y misericordia grande, cuando socorre en las miserias grandes, que son las espirituales que llegan al alma: y así cuando David se vió con esta miseria grande desamparado y desposeido de Dios por el adulterio y homicidio cometido, clama y da voces pidiendo á Dios misericordia grande: *Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam*. Psalm. 1, v. 3. Así dicen tambien que hay en Dios ira grande é ira pequeña: la pequeña es cuando castiga acá en lo temporal con adversidades de pérdidas de hacienda, honra, salud y otras cosas semejantes que tocan solamente al cuerpo; pero la ira grande es cuando llega el castigo á lo interior del alma, conforme á aquello

de Jeremías, iv, v. 10: *Ecce pervernit gladius usque ad animam*. Y esto es lo que dice Dios por el profeta Zacarías, i, v. 15: *Ira magna ego irascor super gentes opulentas*: Con las gentes hinchadas y soberbias me airaré yo con ira grande. Cuando Dios desampara á uno, y le deja caer en pecados mortales en pena y castigo de otros pecados, esa es la ira grande de Dios, esas son las heridas del furor divino; heridas no de padre, sino de justo y riguroso juez, de las cuales se puede entender aquello de Jeremías, c. xxx, v. 14: *Plaga inimici percussi te, castigatione crudeli*: Con herida de enemigo te herí, con castigo cruel. Y así dice el Sábio: *Fovea profunda os alienæ; cui iratus est Dominus, incidet in eam*: Hoya es muy profunda la mala mujer, y aquel con quien Dios estuviere airado, caerá en ella.

Finalmente, es tan mala cosa la soberbia, y aborrecela Dios tanto, que dicen los Santos que algunas veces le es bueno y provechoso al soberbio que le castigue Dios con este castigo, para que con eso sane de la soberbia que tenia; así lo dice san Agustín (1): *Audeo dicere superbis esse utile cadere in aliquod apertum manifestumque peccatum, unde sibi displiceant, qui jam sibi placendo ceciderant*: Atrévome á decir que es útil y provechoso á los soberbios que les deje Dios caer en algun

(1) August. lib. 14 de Civit. cap. 13; et serm. 53 de verbis Domini.

pecado exterior y manifiesto, para que se conozcan y comiencen á humillarse y desconfiar de sí los que por estar muy contentos y pagados de sí ya interiormente habian caido por soberbia, aunque no la habian sentido, conforme á aquello del Sábio: *Contritionem præcedit superbia, et ante ruinam exaltatur spiritus*. Prov. xvi, v. 18. Lo mismo dicen san Gregorio y Basilio (1). Pregunta san Gregorio, á propósito del pecado de David: ¿Por qué Dios á los que él ha escogido y predestinado para la vida eterna, y encumbrado con grandes dones suyos, les permite algunas veces caer en pecados, y en pecados carnales y feos? y responde, que la razon de esto es, porque algunas veces los que han recibido grandes dones caen en soberbia: la cual tienen algunas veces tan entrañada en lo íntimo de su corazón, que ellos mismos no lo entienden, sino que estando agradados y confiados de sí mismos piensan que lo están de Dios, como le aconteció al apóstol san Pedro, *Matth. xxvi, v. 33*, que no le parecía á él que era soberbia aquellas palabras que dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré; sino que era grande fortaleza de ánimo y grande amor de su maestro. Pues para curar tales soberbias, tan secretas y disfrazadas, en las cuales ya está uno caido, y no lo conoce, permite el Señor que caigan los

(1) Basil. in regul. brevior. 81; Gregor. lib. 23 Moral. cap. 16.

tales en pecados exteriores manifestos, feos y deshonestos; porque esos concóense mejor, y échanse mas de ver, y por ahí viene el hombre á entender el otro mal que tenia de secreta soberbia que él no entendia; y así no le buscara remedio, y se perdiera: y con la caída manifesta concócelo, y humillado delante de Dios hace penitencia de lo uno y de lo otro, y alcanza remedio para ambos males. Como lo vemos en san Pedro, que por la caída exterior y manifesta vino á conocer la soberbia oculta que habia tenido, y vino á llorar y hacer penitencia de ambos pecados; y así le fue provechosa la caída. Lo mismo le aconteció á David, y así dice él: *Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas.* Psalm. cxviii, v. 71. Señor, caro me costó, yo lo confieso; pero bueno ha sido para mí el haberme humillado, para que aprenda cómo os tengo de servir de aquí adelante, y cómo tengo de desconfiar de mí. Así como el sábio médico, cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde, no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle á las partes exteriores del cuerpo, para que mejor se pueda curar; así el Señor, para sanar algunas ánimas altivas y rebeldes, las deja caer en culpas graves y exteriores, para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestífero que estaba dentro. Palabra es esta

que Dios hace en Israel (1), que á quien quiera que la oyere le retiñarán las orejas de puro temor. Estos son los grandes castigos de Dios, que solo oírlos hace temblar las carnes.

Pero al fin, como el Señor es tan benigno y misericordioso, no usa con el hombre de este castigo tan riguroso, ni de este medio tan desdichado y lamentable, sino habiendo usado de otros medios mas fáciles y suaves, primero nos envia otras ocasiones y otras medicinas y remedios mas blandos, para que nos humillemos; unas veces la enfermedad, otras la contradicción y murmuración, otras la deshonra, y que caiga uno de su punto. Y cuando estas cosas temporales no bastan para humillarnos, pasa á las espirituales. Primero á cosas pequeñas, y despues permitiendo tentaciones ricias y graves, y tales que nos lleguen hasta ponernos en un hilo, y hasta persuadirnos ó hacernos dudar si consentimos, para que así vea y experimente uno bien que por sí no las puede vencer, y conozca y entienda por experiencia su flaqueza, y la necesidad que tiene del favor divino, y desconfie de sus fuerzas, y se humille. Y cuando todo eso no basta, entonces viene esa otra tan fuerte y costosa cura de dejar caer al hombre en pecado mortal, y que sea vencido de la tentación. Entonces viene ese boton de fuego del

(1) Jerem. ix, 3; I Reg. iii, 11.

infierno, para que siquiera despues de haberse quebrado los ojos caiga el hombre en la cuenta de lo que es, y se acabe de humillar, ya que por bien no quiso.

Pues por aquí se verá bien cuánto nos importa ser humildes, y no fiar ni presumir de nosotros; y así cada uno entre en cuenta consigo, y vea cómo se aprovecha de las ocasiones que Dios le envia, para humillarse como padre y médico piadoso, para que no sean menester esos otros remedios fuertes y tan costosos. Castigadme, Señor, con castigo de padre, curad mi soberbia con trabajos, enfermedades, deshonras y afrentas, y con cuantas humillaciones fuéreis servido, y no permitais que yo caiga en pecado mortal. Dad, Señor, licencia al demonio para que me toque en la honra y en la salud, y me ponga como otro Job, II, v. 6: *Verumtamen animam meam servo*; pero no le deis licencia para que me toque en el alma (1). «Con tal que no os aparteis Vos, Señor, de mí, ni permitais que yo me aparte de Vos, no me dañará cualquier tribulación que venga sobre mí, sino antes me aprovechará para alcanzar la humildad de que Vos tanto os agradais.»

(1) Thom. de Kempis.

## CAPÍTULO XL.

*En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.*

Cuenta Severo Sulpicio y Surrio (1) en la vida de san Severino abad, de un santo varón muy señalado en virtudes y milagros que sanaba enfermos, echaba demonios de los cuerpos, y hacia otras muchas maravillas; por lo cual acudían á él de todo el mundo, y le venían á visitar señores de título y obispos, y tenían por gran dicha poder tocar sus vestiduras, y que les echase su bendición. Con estas cosas sentia el Santo que se le comenzaba á entrar alguna vanidad en su corazón. Y viendo por una parte que no podia estorbar el concurso del pueblo, y por otra que no podia librarse de aquellos pensamientos importunos de vanidad, afligíase mucho; y poniéndose un día en oración, pidió á Nuestro Señor con mucha instancia que para remedio de aquella tentación, y para que él se conservase en humildad, permitiese su Majestad y diese licencia al demonio que entrase en su cuerpo por algun tiempo, y le atormentase como á los otros endemoniados. Oyó Dios su oración, y entra el demonio en él, y era cosa de espanto y admiración ver á aquel á quien solian poco antes traer los endemoniados para que los curase, atado con cadenas

(1) Sever. Sulp. dialog. 1, § 14; Sur. die 8 Januar.